

# HOMILIA

SOBRE

EL EVANGELIO DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

predicada dicho día

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OVIEDO

POR

EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

**D. JUAN IGNACIO MORENO,**  
OBISPO DE LA DIOCESIS

Y QUE EN FORMA DE CARTA PASTORAL

DIRIGE A LA MISMA CON EL OBJETO DE EXCITAR A LOS FIELES

AL PUNTUAL CUMPLIMIENTO DEL PRECEPTO PASCUAL

Y A LA

FRECUENCIA DE LA SAGRADA COMUNION.



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMP.

calle Canónica, núm. 18.

—  
1863.



1881206041

# HOMILIA

1863

EL DOMINGO DEL PRIMER DOMINGO DE CUARANTEA

del año de 1863

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OVIEDO

POR

EL EXCMO. S. ILMO. SEÑOR

## D. JUAN IGNACIO MORENO,

OBISPO DE LA DIOCESIS

Y QUE EN FORMA DE SANTA PASTORAL

DIRIGE A LA MISMA CON EL OBJETO DE EXCITAR A LOS FIELES

AL PUNTO CUMPLIMIENTO DEL PRECEPTO PASQUAL

Y A LA

RECURRENCIA DE LA SAGRADA COMUNION.



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE BRID, REGOLETA Y COMP.

Calle Cardenal, núm. 18.

1863.



NOS EL DR. D. JUAN IGNACIO MORENO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,  
OBISPO DE OVIEDO, PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD,  
ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, CONDE DE NOREÑA,  
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN  
ESPAÑOLA DE CARLOS III, DEL CONSEJO DE S. M. & & &.

A nuestros venerables hermanos Dean y Cabildo de nuestra  
Santa Iglesia Catedral, Reverendos Párrocos y eclesiásticos de  
la Diócesis, y á nuestros amados hijos los fieles y venerables  
religiosas de la misma salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.

*Non in solo pane vivit homo, sed in  
omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

No de solo pan vive el hombre, sino de  
toda palabra que sale de la boca de Dios.

SAN MATEO CAP. 4, VERS. 4.

Verdaderamente sublime es, Venerables Her-  
manos y amados Hijos, la idea que el Salvador nos  
da del hombre en la admirable respuesta con que  
en el desierto rechazó la primera tentacion del es-  
píritu maligno. No de solo pan vive el hombre,  
dijo. Bello, grande y divino pensamiento, que  
espresa con toda propiedad la excelencia de nues-

tro ser, revela la nobleza de nuestra alma, nos hace formar un juicio exacto de nuestra vida, nos manifiesta sus necesidades y nos descubre el medio prodigioso, que para remediarlas inventó el amor inmenso é incomprensible de un Dios infinito en poder, sabiduría y bondad.

Dígasenos sino ¿qué vivir es ese á que se refiere el amoroso Redentor, cuando nos asegura que no de solo pan vive el hombre? ¡Ah! Es la vida misma del hombre. Esa vida que no es la grosera de las plantas, limitada á crecer, dar hojas, flores y frutos para embellecer, hermosear ó enriquecer al universo. No es tampoco la degradante vida animal, reducida á ver, gustar, sentir y moverse sin otro fin que el fin espantoso de la nada, de la que por un instante saliera para predicar á las criaturas lo maravilloso de las obras de Dios. Es, si, la verdadera vida, esa vida, que llamaba San Agustín el gozo de la verdad, *gaudium de veritate*, (1) que consiste en entender, conocer, conocerse á si mismo, conocer á Dios, quererlo, amarlo y desear ser feliz en él con aquella bienaventuranza, por la que suspiraba el mismo Santo Doctor, cuando desde el fondo de su gran corazón y con la brillantez propia de su alma extraordinaria-

(1) Confes. Lib. 10, cap. 23.

ria exclamaba; *Sois la verdad, Dios mio, mi luz y mi vida.* (1)

El origen de esta vida es el Verbo divino, por que en él estaba la vida: *in ipso vita erat.* Vida que le viene de su viva y eterna generacion. Él mismo se dignó enseñarnoslo diciéndonos: *Por que asi como el Padre tiene la vida en si mismo: asi tambien dió al Hijo el tener vida en si mismo.* (2)

Se la dió, no sacándolo de la nada, sino de su viva y propia substancia, y asi como él es origen de la vida, ha dado al Hijo ser igualmente origen de la vida. Y esta vida de inteligencia, era la luz de los hombres, *et vita erat lux hominum.* Es la vida de la inteligencia y de la luz del Verbo que saliendo de la boca de Dios, ó siendo engendrado por el Padre es todo inteligencia y todo luz.

Esta vida de origen tan inefable es de la que habla el Salvador en el Evangelio de hoy, cuando nos dice *no de solo pan vive el hombre*, porque ella no se mantiene con el pan material como la del cuerpo. Necesita otro alimento superior, divino como divino es su origen, y acomodado á la delicadeza de su ser. El Verbo divino que le comunica esta vida es al propio tiempo su sabro-

(1) En el mismo lugar.

(2) S. Juan, cap. 5, vers. 26.

so y nutritivo mantenimiento. Por eso despues de decirnos que *no de solo pan vive el hombre* añade con infinita sabiduría, *sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. El Verbo es real y propiamente la palabra eterna y sustancial de Dios, y el Verbo hecho carne, *et verbum caro factum est*, y su carne convertida en comida, *caro mea vere est cibus*, nos dice, *yo soy el pan de la vida* (1) para enseñarnos, que él es el único y saludable mantenimiento de la vida espiritual de nuestras almas, de esa vida de inteligencia y de luz, de que es rico y purísimo manantial.

Este celestial alimento, amados hijos, se nos suministra en la sagrada comunión. ¡Qué deseos, pues, tan vivos, tan eficaces y ardientes debemos tener de comulgar dignamente! ¡Qué gracias tan especiales, que abundancia de bienes, que vida tan viva proporciona la sagrada comunión á las almas que con ansiedad y las disposiciones convenientes la reciben con frecuencia! Hé aqui el asunto de que contando con el auxilio de Dios, nos vamos á ocupar, siguiendo la interesante exposición del Evangelio de hoy. Mas antes de pasar adelante oid las razones que hemos tenido presentes para elegirlo.

(1) S. Juan, cap. 6, vers. 35 y 48.

Entre las diferentes esposiciones que segun doctos y profundos teólogos pueden hacerse del precioso versículo que nos sirve de testo, hemos preferido, Venerables Hermanos y amados Hijos, la que acabais de escuchar por que ella nos proporciona una ocasion favorable, para poder atender con la eficacia del sublime ministerio de la palabra á una de las mas graves y apremiantes necesidades de nuestro siglo, que con toda su animacion y ruido, con todos sus adelantos é innegables progresos, con todo el insoportable orgullo de sus hombres, que á manera de los temerarios fabricantes de aquella torre, cuyo término habia de tocar en el mismo cielo, nada proyectan sin gritar *celebremus nomen nostrum*, hagamos célebre nuestro nombre (1), es un siglo que bien puede llamarse el siglo del hambre y del desfallecimiento del espíritu. Preciso nos es por lo mismo procurar con todo el celo de nuestro apostólico cargo, avivar en nuestros amados diocesanos la fé del misterio adorable de la Sagrada Eucaristia, la creencia de ese augusto dogma católico, que por confesion del mismo Príncipe de la impiedad, el execrable Voltaire en sus *cuestiones sobre la Enciclopédia*, pone á los crímenes el mayor freno

(1) Génesis, cap. 11, vers. 4.

posible, y mantiene fuertemente á los hombres en la virtud. Nos es necesario, valiéndonos de cuantos recursos puede suministrarnos nuestra elevada y divina autoridad, hacer grandes esfuerzos para atajar los males que al cristianismo se está sigüiendo con el funesto retraimiento de la Sagrada Comunion, que ha llegado hasta el estremo de producir en mucha parte de los fieles una fatal é inconcebible indiferencia, y lo que todavia es mas doloroso y alarmante, que esa indiferencia quiera hacerse pasar por algunos, que sin conocerlo la padecen, como acto meritorio de religion y de virtud.

Es la sagrada Eucaristía, Venerables hermanos y amados Hijos, un maná escondido, es el manjar de los fuertes, es el pan divino, que sostiene y estrecha nuestra union con Dios, y nos reintegra de las pérdidas que todos los dias sufrimos en el conocimiento y amor de la verdad por las ilusiones de los sentidos, y el afecto á las criaturas, que tanto nos aparta de Dios, nos entivia en su amor, nos entorpece para lo bueno, nos aviva para lo malo y produce en nuestra alma una debilidad, lánguidez y desfallecimiento comparable al que en el desierto experimentó en su sacratísima humanidad el Salvador del mundo, des-

pues de haber ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, y que el Sagrado Evangelista nos describe con estas cortas, pero significativas espresiones, *postea esuriit*, despues tuvo hambre. La Sagrada Eucaristia es por lo tanto, el perenne y adorable reparador de los continuos estragos que en nosotros causa aquel arraigado y constante gastador de la vida de nuestra alma, como elocuentemente llama el Venerable Granada al calor pestilencial que nos vino con el pecado, porque solo un Dios infinito puede restituir la pérdida que en su vida sufre una criatura hecha á imágen y semejanza suya; solo un Dios todopoderoso é inmortal puede en este mundo darle lo que falta á su perfeccion y verdadera felicidad. La Sagrada Eucaristia, en una palabra, mantiene y fortifica, nutre en espresion de Tertuliano y vivifica á el alma, pues asi como en el órden de la naturaleza el alma sostiene al cuerpo, en el órden de la gracia el cuerpo del Verbo humanado sostiene á nuestras almas, y este órden de gracia para nosotros es para el Hombre-Dios un órden de gloria y de gloria la mas eminente y sublime.

El que come de este pan, el que se mantiene con este celestial alimento y que con frecuencia participa de este misterio, llamado con razon

por los Padres, estension de la Encarnacion, se une á Dios del mejor modo posible en la tierra, le ama, lo posee, posee lo que ama para nutrirse de él, vivir por el mismo y no separarsele jamás, apoyado en la palabra que solemnemente le empeñó, cuando dijo: *in me manet; et ego in illo*, el que comulga permanece en mí y yo en él. Asi es que se encuentra fortalecido como los primeros cristianos que siempre comian de él y vivian con él, con las fuerzas necesarias no solo para guardar la ley de Dios, sino tambien para morir por Dios. Tal es el prodigioso efecto de esta comida. Ella fué la que dió la constancia á los mártires, la que conservó é hizo invencible la castidad de las vírgenes, y la que hizo soportar con gozo y alegria á los ilustres confesores los rigores de la abnegacion y penitencia mas heróica.

Ella es tambien, venerables hermanos y amados hijos, la que hace que el cristiano, el verdadero cristiano, aunque vive en el mundo, cumpliendo los deberes de su respectiva posicion social, no sea de este mundo. La fé respetuosa y prudente, generosa y ardiente con que se acerca á la sagrada mesa le demuestra todo lo bello y sublime, todo lo suave y amable de aquella filosofia divina que enseñaba el apóstol San Juan á los fieles, cuando

les decia: "no querais amar al mundo, ni á las cosas que hay en el mundo." (1) Y esta misma fé, vivificada con la gracia del sacramento, hace lucir en su alma al través de las tinieblas de nuestra degradada y corrompida naturaleza, la *luz verdadera que alumbra à todo hombre que viene à este mundo*, la luz soberana del Verbo á quien recibe, con quien se une y por quien vive. *Et lux in tenebris lucet*, y la luz en las tinieblas resplandece. Esa luz divina, que brilló en los cielos, en el esplendor de los santos, sobre las montañas, sobre los espíritus mas elevados, sobre los ángeles, alumbrando á su entendimiento, le inspira prevencion, hastío y aborrecimiento al mundo, en el que no encuentra sino las tres detestables concupiscencias, de que segun nos refiere el evangelio de hoy, se valió Satanás para tentar al Salvador.

La concupiscencia de la carne, que se insinua sutilmente: *si filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant*. "Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se vuelvan pan," pero que con alevosia nos enciende en el amor de los placeres de los sentidos, que ciega al corazon, lo debilita, lo corrompe y lo pierde. La concupiscencia de los ojos, magnificamente formulada con las palabras de la segunda tenta-

(1) Carta primera, cap. 2, v. 15.

cion; *Mitte te deorsum.* "Si eres hijo de Dios, echate de aqui abajo, porque escrito está; mandó el Señor sus ángeles cerca de ti, y te tomarán en sus palmas para que no tropiece la piedra contra tu pié" y que consiste en la temible seduccion del entendimiento, ó estravio de la razon por las ilusiones y engaños de la vanidad, del orgullo, de la temeraria curiosidad, de la vana y presuntuosa ciencia. Finalmente la soberbia de la vida, ó sea la funesta y fatal ambicion de los empleos, de los cargos públicos, grandes mandos, de las dignidades, honores, de lograr á toda costa y por cualquier medio un glorioso é imperecedero nombre, que á tantos infelices ha hecho esclavos envilecidos de la envidia, siervos degradados de su loca presuncion, ridículos admiradores de sus propios méritos y extravagantes idólatras de si mismos. Fué el último recurso de que en el desierto se valió el maligno para tentar á Jesus, cuando osadamente la dijo: *hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* "Todo esto te daré, si cayendo me adorares."

¡Ah! el alma unida á Jesucristo por medio de la buena y provechosa comunión, puede decir como Salomon; *Et invocavi, et implevit me spiritus sapientiæ.* Le invoqué, cuando tuve dentro de mi pecho al verdadero Melchisedec, cuando vi sentado

en el rico y gracioso trono del amor, sobre mi corazón al divino rey de Salem y con este sacerdote eterno del Altísimo le ofrecí el misterioso pan y vino de su cuerpo y de su sangre, invoqué á mi Dios, pidiendo su auxilio, su proteccion y ayuda, solicitando la gracia, la luz y la vida, y me vi colmada del espíritu de sabiduría (1); pues sabiduría es, Venerables Hermanos y amados Hijos, verdadera y sólida sabiduría, conocer con el citado apóstol San Juan” que el mundo pasa y las concupiscencias pasan” (2) Estas son como torrentes que pasan con ruido, pero que pasan, que se precipitan las unas en las otras, pero que pasan, aun formando un grande y caudaloso rio, y que nada que pasa es capaz de satisfacer y llenar, tener contento y hacer feliz al hombre, á esa noble y privilegiada criatura, que dotada de entendimiento y de voluntad, no vive sino del conocimiento y amor de la verdad. De esta suerte se ven continuamente cumplidos en los escogidos los misericordiosos deseos que en su favor mostró Jesus en aquella fervorosa oracion, que por los suyos dirigió al cielo momentos antes de su pasion. Yo les di tu palabra, dijo á su eterno Padre, y el mun-

(1) Libro de la Sabiduría, cap. 7, v. 7.

(2) Carta primera, cap. 2, v. 17.

do los aborreció: porque ellos no son del mundo, yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los libres de mal. (1) Ciertamente las personas que frecuentan la sagrada comunión, aunque vivan en el mundo, no son del mundo, porque este no logra atraerlos con sus promesas, ni intimidarlos con sus amenazas, que es la gran maravilla de la gracia de Dios.

No es de extrañar que así suceda. Jesucristo al instituir la sagrada Eucaristía, echando el resto de las riquezas de su divino amor, quiso que este sacramento se recibiera como un manjar espiritual de las almas, y que con él se alimenten y conforten los que viven por la vida del mismo Jesucristo que dijo: *qui manducat me, et ipse vivet propter me*, "el que me come vive por mí" (2), y como antidoto que nos libre de las culpas cotidianas ó veniales, y nos preserve de los mortales, (3) pudiéndose asegurar con Inocencio III que Jesucristo por el misterio de su cruz nos sustrajo del poder del pecado, y por el de la Eucaristía, nos libró *á potestate peccandi*, del poder de pecar. Este

(1) San Juan, cap. 18, v. 14.

(2) San Juan, cap. 6, v. 57.

(3) Concilio de Trento, ses. 13, cap. 2.

celestial alimento, pues, este prodigioso antídoto nos suministra la fortaleza y recursos necesarios para dominar por completo nuestra sensualidad, y reprimir sus violentos y voluptuosos movimientos, oponiendo á los sucios, hediondos y criminales placeres de la carne, las puras y santas dulzuras que á el alma proporciona este pan que descendió del cielo (1) y con el que dice San Bernardo se refrena la incontinencia, y como añade Santo Tomás se vencen todas las sugerencias del demonio. Con toda seguridad quedará este derrotado y vencido en nuestras diarias y peligrosas luchas con la concupiscencia de la carne, si con obras mas bien que con palabras, con la devoción y práctica de la frecuente comunión lo resistimos, diciéndole con el Salvador. *Scriptum est; non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* "No de solo pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

Igualmente glorioso es, venerables hermanos y amados hijos, el éxito que en sus combates con la presunción obtiene el que con frecuencia recibe la sagrada Eucaristía. El esquisito cuidado con que para recibirla dignamente procura cumplir el precepto del Apóstol; *probet autem se ipsum homo:*

(1) San Juan, cap. 6, v. 51.

pruébese, examínese, conózcase á si mismo el que haya de comulgar; y la esmerada delicadeza de conciencia con que dia y noche investiga, si comulgando, adelanta en la piedad y hace progresos en el amor de Dios, para que con arreglo á la sábia y prudente, suave y consoladora doctrina del Angélico Doctor se le pueda permitir la comunión frecuente y aun la cuotidiana, lo habitua al constante y concienzudo estudio de si mismo, que le proporciona un claro conocimiento del estado de su alma y el difícil y no menos provechoso de su corazón, le enseña á desconfiar de sus propias fuerzas, á temer á Dios, á estar muy vigilante sobre sus pasiones, y á fin de que el huracan de la vanidad no las desate ni desencadene, tiene muy presente la gran máxima con que el Salvador triunfo de la segunda tentacion, *Rursum scriptum est: non tentabis Dominum Deum tuum:* "no tentarás al Señor tu Dios."

El temor de que apartándose de tan útil y provechosa enseñanza se estravie su razon, y se entregue á locos y funestos desvarios, le aviva los deseos de nutrirse y fortificarse con el divino manjar que mantiene la verdadera vida del espíritu y de estrechar por este medio su union con el Unigénito del Padre, que su fé le hace ver lleno de

gracia y de verdad. Y para excitarse á recibirlo con la frecuencia que apetece, se dice á si mismo; ven, ó alma mia, no á los santos y venturosos lugares de la Palestina, donde este divino Señor realizó los misterios de la redencion, y cuya vista como asegura San Juan Crisóstomo, te haria esclamar; "Felices los que le vieron y tocaron siquiera la orla de su vestido," no á estos sagrados y dichosos lugares, sino al altar, donde está real y verdaderamente presente con su cuerpo, su alma y su divinidad, donde se halla con toda la hermosura y magnificencia del Tabor, con todo el amor y magestad de la Cruz, con toda la santidad y alegría con que vencedor de la muerte salió del sepulcro, con toda la gloria, honor y poderio con que inmortal ascendió á los cielos; al altar, sí, donde todos, cualquiera que sea su clase, estado y condicion, el casado, el comerciante, el guerrero, el hombre político, el de letras, el de negocios, la muger, el jóven, el levita, el opulento, el andrajoso, *pauper, servus et humilis*, como canta la Iglesia, el imperfecto y el santo, todos pueden acercársele con la frecuencia que su amor les inspire. Aqui está aquel padre que con tanta ternura ha reconciliado al hijo pródigo y lo hizo sentar á su mesa, el Dios de bondad que ha

perdonado á la insigne y afamada pecadora de la ciudad y la enriqueció con los tesoros de su divino amor; aqui se encuentra el médico celestial que ha curado á la enferma de una hemorragia que todos los remedios de la ciencia humana, y todos los recursos del mundo no pudieron curar; aqui es donde se halla aquel Señor misericordioso que ha separado al publicano de sus injusticias é introducido la paz en su casa; ese Señor omnipotente que todos los dias sacia à una muchedumbre inmensa de hambrientos de este pan prodigioso para que no desfallezca en el penoso camino de la virtud. Ven, pues, tu tambien, ó alma mia al altar, á comer la carne del Verbo humanado, y á unirte con él que es la verdad, la luz y la vida. Ven y sabras no tentar á Dios, porque aprenderás á no emprender cosas grandes sin su divina ordenacion, á respetar á la autoridad, á obedecer ciegamente á tus superiores, á amar á la Iglesia, á seguir y practicar su doctrina, á huir y detestar la que corrompiendo la fé católica, como Satanás en la segunda tentacion corrompió la letra y el espíritu de las sagradas escrituras, enseñan y difunden por mil medios y cada dia con mayor impudencia los discípulos y sectarios del demonio, para pervertir á la juventud, insurrec-

cionar á los pueblos y disolver la sociedad; y si acaso á impulso de un impetuoso é inesperado soplo de la presuncion te llevare este maligno espíritu al alero mismo ó pinaculo del faustoso templo de la vanidad, y queriéndote cegar con la triste celebridad que ofrece á los inventores y secretarios de nuevas y peligrosas doctrinas te digese: *Mitte te deorsum*, arrójate temerariamente al abismo insondable del error, segura, sosegada y tranquila le responderás: *Rursum scriptum est, non tentabis Dominum Deum tuum.* "Tambien está escrito; no tentarás al Señor tu Dios:" ó lo que es lo mismo, no, no me espongo á perder la verdad, á la que amo tanto cuando alumbra é ilustra, como dice San Agustin, como cuando acusa y reprende; tanto cuando me manifiesta su encantadora hermosura, como cuando me descubre la horrible fealdad de mis defectos, porque no queriendo engañar ni ser engañada, solo deseo con ansias verme cuanto antes sumida en el gozo cumplido de mi Dios, que es la verdadera y suprema verdad.

Asi es como, venerables hermanos y amados hijos, la sagrada Eucaristía enciende al alma que con frecuencia comulga en el casto amor del Esposo, con el que procura corresponder al infinito que le mostró cuando antes de la institucion de este

sacramento, llamado de amor por Santo Tomas, dijo: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*: Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros (1), y paga el grande que despues de instituido, misericordioso exigió del hombre, diciendo: *Hoc facite in meam commemorationem*. Haced esto en memoria de mi. (2) Y este divino amor da vida al alma, la muda y la transforma maravillosamente, haciéndola morir para si para vivir por Jesus de la manera inefable en que vivia San Pablo cuando decia: "vivo, ya no yo, mas vive Cristo en mi." (3)

Fácil, muy fácil es al cristiano que se encuentre en este estado triunfar de la soberbia de la vida. En vano este monstruoso y formidable enemigo de nuestra alma lo conducirá á un monte muy elevado, ó tratará de seducirle con la engañosa perspectiva de un brillante porvenir; inútilmente mostrándole todos los reinos de la tierra y la gloria de ellos, se los ofrecerá en cambio de una vil servidumbre y de una execrable adoracion. Como el amor de Dios es el móvil y el fin de sus acciones, y este amor es la caridad, de la que dice San

(1) S. Lucas, cap. 22, vers. 15.

(2) S. Lucas, cap. 22, vers. 19.

(3) Carta á los Galat., cap. 2, vers. 20.

Pablo *non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa*, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa (1), comprende con San Hilario que la gloria del siglo, *diaboli negotium est*, es artimaña del demonio, á quien ahuyenta, repitiendo indignado con el Salvador: *vete Satanás, por que escrito está: al Señor tu Dios adoraràs y à él solo serviràs.*

El amor de Jesucristo, lleva al alma que con fervor lo recibe en la Sagrada Eucaristia como enloquecida y desalada en seguimiento del suave olor de sus perfumes, como la sed hace correr al ciervo al hermoso manantial de las aguas. Ella considera embelesada como el Hijo de Dios á pesar de ser el rey de los reyes, y el Señor de los Señores, á pesar de ser aquel Señor, ante quien todo lo criado dobla humildemente la rodilla, en cuyo rostro desean mirarse los Angeles, de cuyos ojos reciben su alegría los cielos, que ha colocado en el mismo sol su trono y que en las alturas viste un manto arrebolado de estrellas, caminó por el mundo pesaroso, abatido y desnudo para podernos decir con sus obras y palabras: "aprended de mi que soy manso y humilde de corazon" (2), y se resuelve

(1) Carta 1.ª de S. Pablo à los Corintios, cap. 13, ver. 4.

(2) S. Mateo, cap. 11, vers. 29.

decididamente á practicar la humildad, que es el bueno y estable fundamento de todas las virtudes. Asi no quiere ser conocida, nunca piensa ni habla nada grande de si, se considera siempre la última de todas, que en sentir de San Bernardo es como obra el verdaderamente humilde. El ambicioso por el contrario, se cree el solo digno de los puestos elevados, el único dotado de talento superior para mandar y regir á los demas, y arrastrado por la soberbia, que es el principio de todos los pecados, se levanta orgullecido sobre todo el género humano, desprecia, deprime y ultraja á su hermano, se considera ser el constructor de su grandeza, el autor de su fortuna, el fabricador de su talento, habilidad y elocuencia, y como si todo esto fuesen pequeñas injurias de la divinidad, se atreve á usurparle el culto y adoracion que le es debida, adorándose á sí mismo, á su propio orgullo y en cierta manera tambien al demonio que se lo inspira: *vade Satanas: Scriptum est enim, Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.*

Y ¿quién es el que adora á Dios en espíritu y verdad mejor que el que comulga dignamente? ¿quién sino el que con las disposiciones convenientes participa con frecuencia de los divinos misterios

es el que le sirve con mas fidelidad, perseverancia y amor? La vida la emplea en procurar estar siempre adornado de la pureza de conciencia, en tener limpia su alma de cuanto puede ofender los ojos de aquel Señor que es la santidad por esencia y el Santo de los Santos. Y como esta pureza de conciencia, esta limpieza del alma no la tiene el que se halla con el corazon corrompido por el interés, ó hinchado por el orgullo, ó afeminado por la sensualidad, ó agitado por el resentimiento ó la venganza, ó inquieto y perturbado por deseos que no sean de amar y unirse á Dios, gustoso y prontamente se desprende de los bienes que no le pertenecen, repara los daños que injustamente ha ocasionado, abate la altanería de su espíritu, renuncia á aquel afecto, perdona esta injuria, se reconcilia con su enemigo, y sobre todo con Dios, acudiendo al tribunal de la penitencia para hacer una buena confesion de sus culpas, acompañada de todos los sentimientos y generosas resoluciones que la hacen santa y meritoria.

Y si á estas disposiciones que son las necesarias para comulgar anual, mensual, ó semanalmente (1) se agrega, venerables hermanos y amados hijos, el

(1) Scavini. Theolog. Moral. univ. Tract. IX. Disp. IV. Pars. I. cap. III.

fervor de la piedad y el cumplimiento de los mas pequeños deberes, que supone la comunión mas frecuente, el deseo eficaz de la santidad, el retiro y separación del mundo, el ardor de la devoción, el dominio de si mismo, la guarda del corazón, el arreglo de sus movimientos, la moderación de sus pasiones, el trabajar por separarlo de todo lo que no sea amor de Dios ó perfección de la ley, el ser humilde, caritativo, casto, sufrido, mortificado, asiduo en la oración y demás obras buenas, compatibles con todos los estados y que son el precio y el fruto de la comunión de todos ó casi todos los días, no podrá nadie negar que los que con santas ansias la desean y provechosamente la reciben, son los que verdaderamente sirven y adoran á Dios en la tierra, los que propiamente y con toda verdad viven con la vida espiritual de las almas, con esa vida que no se mantiene como la del cuerpo con el pan material, ó goce y posesión de los bienes de la tierra, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. *Scriptum est: non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

Ahora bien, amados hijos, en vista de la explicación tan clara de la doctrina de la Iglesia relativa á la sagrada comunión, que esponiendo el Evan-

gelio de hoy acabamos de hacer, ¿habrá alguno que queriendo sinceramente la perfeccion y santidad no sienta en si deseos vivos, eficaces y ardientes de recibirla dignamente? ¿se encontrará todavía alguno, que contradiciendo el fin de la institucion de la sagrada Eucaristía, la intencion de Jesucristo y los deseos de la Iglesia, continúe retraido de recibirla y siga mirando con indiferencia las gracias tan especiales, la abundancia de bienes, la vida tan viva que proporciona á los que bien dispuestos la reciben con frecuencia? ¡Qué! ¿Habrá alguno en esta culta y religiosa diócesis á quien ni siquiera asusten los rayos que la Iglesia se ha visto precisada á fulminar, que no tema la escomunion, esa pena de muerte que ha tenido necesidad de imponer, ¡oh dolor! à los que no reciben la sagrada Eucaristía al menos en la gran solemnidad de la Pascua? Quiera el cielo que no haya ni uno solo de esta clase.

Conocedor, Dios mio, de la fé y de la piedad que siempre han distinguido á nuestros nobles y religiosos diocesanos, no podemos menos en nombre de cada uno de ellos y para excitar á todos al puntual cumplimiento del precepto pascual y á la frecuencia de la sagrada comunión de esclamar con San Agustín: ¡oh Señor mio! ¡quien me diera que vinie-

seis á mi corazon y lo embriagaseis, diciéndole con voz viva y penetrante: *Salus tua ego sum*, "yo soy tu vida," para que olvidado de todos mis males y desventuras, me abrace fuertemente con vos que sois mi único y suspirado bien! *Angusta est domus animæ meæ*. Estrecha es, Señor, la casa de mi alma para recibiros, mas ensanchadla vos. *Ruinosa est*. Está al caer, amenaza ruina por todas partes, empero reparadla vos. Hay en ella cosas que os desagradan, defectos que ofenden á vuestros ojos, lo conozco y lo confieso. Mas, ¿quién sino vos puede limpiarla? ¿A quién sino á vos he de acudir, pidiendo: *ab occultis meis munda me, Domine, et ab alienis parce servo tuo*. Limpiadme Señor de mis culpas ocultas ó desconocidas y perdonadme de las ajenas? (1) Animados de semejantes sentimientos, siguiendo la narracion del Santo Evangelio, os contemplamos hoy en el desierto, oh dulcísimo Jesus, triunfador del demonio, honrado y servido por los Angeles, y con la mayor confianza os pedimos para todos sin ninguna exclusion la gracia señalada de que confortados con la sagrada Eucaristía, despues de vencer valerosamente al mundo y á sus concupiscencias, merezcamos, custodiados, defendidos y asistidos por los mismos Angeles, ir á can-

(1) San Agustin confesiones, lib. I. cap. 5.

tar con los escogidos un cántico nuevo en las mansiones eternas de vuestra gloria.

Recibid, por último, venerables hermanos y amados hijos, la bendición que con toda la efusión de nuestra alma os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

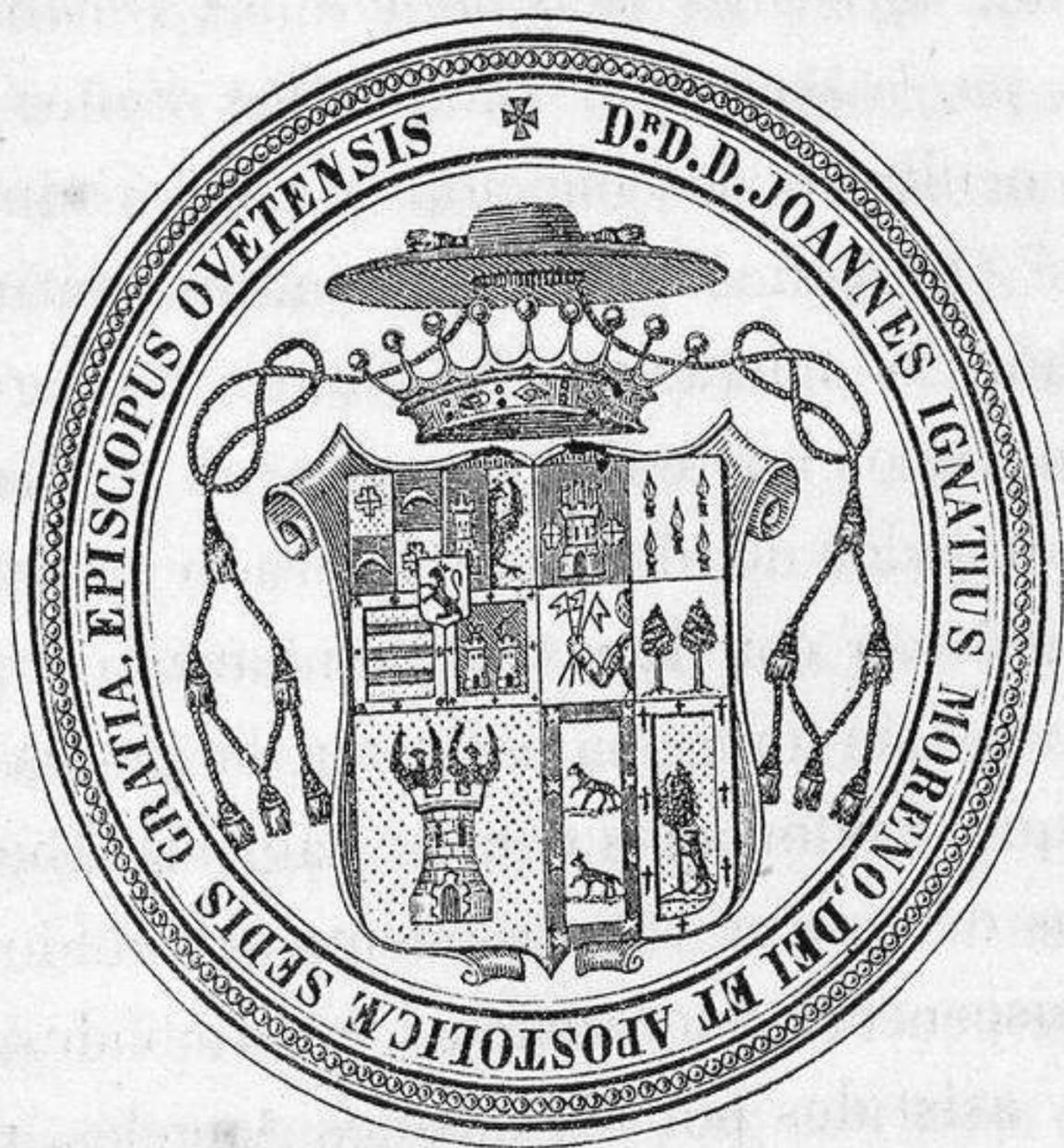
En nuestro Palacio Episcopal de Oviedo á 22 de Febrero de 1863.

JUAN IGNACIO, *Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor,

DR. D. CESAREO RODRIGO,

*Canónigo Secretario.*



*Esta Pastoral se leerà en el ofertorio de la*

*misa popular en todas las Iglesias parroquiales y sus hijuelas, en uno ó varios dias festivos mas inmediatos à su recibo.*



